

Carta Pastoral del Obispo Paulo Otsuka – 2017

[Verdaderamente, el Señor es mi Luz]

Imitando el Camino a la Santidad de Justo Takayama Ukon

Paulo Otsuka Yoshinao, Obispo de Kyoto

Beatificación de Justo Takayama Ukon

Siervo de Dios, Justo Takayama Ukon (de aquí en adelante, "Ukon") será beatificado en Osaka, en el "Osaka Castle Hall", el 07 de febrero de 2017. Habiendo recibido esta gracia de la beatificación de Ukon, ahora nosotros estamos encontrando a Cristo, Salvador del mundo y nuestra Luz. Nosotros nos unimos a Ukon en oración cantando la Antífona: *"Verdaderamente, el Señor es mi luz."* Así como el Presidente de la Comisión para la Promoción de la Canonización de Ukon, de la Conferencia de Obispos Católicos de Japón, he aprendido mucho acerca de él y tomado conciencia de la abundante gracia que Dios ha otorgado a la Iglesia de Japón a través de Ukon. Al acercarse la fecha de la ceremonia de su beatificación, conforme aguardamos, me gustaría colocar en vuestra consideración lo que podríamos hacer para fomentar la gracia de la beatificación de Ukon en la Iglesia de Japón.

1. El llamado universal a la santidad en la Iglesia

La Iglesia católica canoniza a personas que por medio de su testimonio de vida han sido testigos de la fe, y los honra con un culto especial. No importa en que época o lugar, todos los Santos tienen su propio y único testimonio de fe y mensaje universal. El propósito de la canonización es para que nosotros, que vivimos ahora, imitemos el ejemplo de ellos en su testimonio de vida y mensaje, y que podamos transmitirlo a las generaciones futuras. Canonización y beatificación pueden considerarse como una recompensa y concesión que la Iglesia otorga a destacados personajes del pasado, aunque el Concilio Vaticano II defina el respeto dado a estos mártires y santos de una

manera más espiritual y pastoral. En la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, (nº.39-42), se describe la santidad a la que todos estamos llamados, y explica la santidad en la Iglesia diciendo que esta *"se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida."* Además, enseña que el camino para conseguir la santidad es el amor, *"porque amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como Cristo nos amó"*, y que *"la Iglesia considera el martirio como un regalo excepcional y como la mayor prueba de amor"*.

Un Santo no es necesariamente un super humano por el cual todos se sienten cautivados, ni tampoco es un héroe. Si pensamos en los Santos de esa manera, seguramente nos parecerán personas muy distantes de nosotros. Más bien, los Santos son personas que han recibido el don del amor y, poniéndolo en práctica, han desarrollado un grado de santidad en la medida en que podemos reconocerlos como Santos. Los Santos no son cristianos extraordinarios, sino cristianos comunes. Simplemente decimos que ser cristiano es ser Santo. Sin embargo, en algunas épocas y lugares, ser cristiano común era y es una forma de vida incomún. Es decir, ser cristiano significa confrontar las tendencias comunes de la sociedad, tal como Jesús lo manifestó en el Sermón de la Montaña (Mt. 5), a fin de vivir seriamente estas enseñanzas. Debemos acoger el ejemplo dado por los Santos, no imitando a ellos en la manera de hacer las cosas, sino poniéndolos en práctica en nuestras vidas. Conociendo las circunstancias históricas y los antecedentes culturales, vemos todo esto como un modelo universal y consideramos al Santo como un hito espiritual. Y ahora estamos frente a un hito brillante: Ukon.

2. Ukon y la Cruz de Cristo

Por su vida extraordinaria y excepcional, Ukon será beatificado, pero no como un confesor, sino como un mártir. Esto no quiere decir que Ukon fue mártir porque fue ejecutado, sino porque toda su vida estuvo basada en medio de una serie de persecuciones y exilio. Ukon vivió durante finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, en la

era Azuchi-Momoyama, en el período Edo, cuando el país vivió guerras civiles y, luego después, cuando por fin el país disfrutaba de paz y unificación. Cualquier persona sabia e inteligente, tenía sueños de alcanzar éxito, poder, fama y gloria. Ukon fue llevado a una familia samurai en aquel tiempo y se crió en una época de guerreros sedientos de poder, atrapados en una interminable lucha por la dominación. Desde el día en que su padre Hidanokami se convirtió al cristianismo, el destino de la familia Takayama se orientó hacia una dimensión completamente opuesta a la tendencia prevaleciente en la sociedad de entonces. Ukon Recibió el bautismo con otros miembros de su familia, cuando él tenía casi diez años de edad, y fue educado para ser un guerrero samurai. Pero cuando tuvo unos veinte años de edad, él se sintió atraído por la Cruz de Cristo, gracias a la oportunidad que le fue brindada por el incidente con Wada Korenaga (1573).

Francisco Xavier y los misioneros de esa época de guerras, presentaron al pueblo la Cruz de Cristo como esencia del cristianismo, para hacerles ver la pasión de Cristo como plenitud de la revelación del amor de Dios a los seres humanos. Enseñaron que, por medio de la Cruz de Cristo, Jesús, ofreciéndose en sacrificio a Dios por toda la humanidad, fue el más honorable acto de amor. Durante similares persecuciones, la mayoría de los cristianos que fueron ejecutados, habían anhelado ser crucificados del mismo modo que Jesús. Ukon, imbuído de las enseñanzas de Jesús, venció el miedo a la muerte. Y por causa de su fe, no sólo estaba dispuesto a aceptar la persecución, sino también el martirio. Por su propia naturaleza, Ukon no era un samurai deliberadamente virtuoso, ni de una fe piadosa. Como comandante, luchando contra las dificultades y conflictos, él había enseñado poco a poco a confiar en Dios.

3. Agonía y pruebas de fe de Ukon

El principio de la angustia de Ukon fue, sin duda, su perspectiva sobre la vida y la muerte. En la época de guerra entre los Estados, la muerte era un asunto cotidiano y común. Era matar o ser matado. Aunque uno considere matar poco ético, en orden de defender la

familia y los amigos, había que convertirse casi en un monstruo. Debido a su espíritu de samurai innata, era imposible evitar derramamiento de sangre. Nacido en una época así, se dice que Ukon, desde su infancia, tenía un generoso corazón y temperamento no agresivo, y temía la muerte. A veces, por pensar mucho que en cualquier momento podrían matarlo, esto le impedía dormir bien. Y ese tormento de que podría sufrir una muerte repentina, le llevó incluso a considerar la posibilidad de atentar contra su propia vida. Sin embargo, como cristiano, sabía que esto en ningún caso sería admisible. Junto con su determinación para vivir, sentía un inquietante temor de morir.

La única persona en quien el joven Ukon podía confiar este angustiante tormento que lo llevó a una depresión cotidiana, fue el Hermano jesuita Lawrence Ryou sai. Ukon le confesó su temor a la muerte y sus celos de tener que matar al Hermano Lawrence. Su desprecio por matar, aunque por su profesión de samurai se esperaba que pueda matar a otros, lejos de curarlo, condujo al joven comandante Ukon a una más profunda desesperación, hasta percibir la realidad de que esto, de hecho, fue su cruz personal puesta sobre él por las circunstancias de su vida. Sin embargo, el incidente con Wada Korenaga fue un punto de bifurcación de su vida y, desde entonces, llegó a cautivarse con la Cruz de Cristo. Al abandonar esta forma de vida y esa sed insaciable de poder y fama, él asumió la imitación de la Cruz de Cristo, descubriendo la cualidad Redentora de una vida dedicada al amor de Dios, y de ahí en adelante ofreció su vida al servicio de Dios.

En el mundo de la fe, el sufrimiento que aparta las personas lejos de Dios es una gran tentación. Pero, el sufrimiento que atrae a la gente más cerca a Dios y profundiza nuestro vínculo con los otros, es una prueba. Fueron tres pruebas que Ukon vivió. La primera prueba fue el conflicto de Araki Murashige (1578); la segunda prueba fue cuando Hideyoshi decidió expulsar a todos los sacerdotes del país (1587); y la tercera prueba fue el Shogunato de Edo, que prohibía las actividades misioneras (1614). Ukon puso de lado su carrera con la intención de incluso ofrecer su vida a Dios, de ser como un soldado

de Cristo viviendo sobre los cimientos de la fe interior, mientras que, desde el punto de vista mundano, aparentaba ser un destacado "Señor cristiano" que había ganado el favor de Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi.

Sin embargo, inmediatamente después de la transferencia territorial de Ukon de Takatsuki a Akashi, de repente Hideyoshi revirtió su postura sobre el cristianismo, empezando por prohibir la presencia de sacerdotes en el país, e incluso presionar a Ukon a apostatar. Ukon se negó a apostatar y, debido a su condición de "Señor", fue exiliado. Desde la isla de Shodosima a Higo (en el actual territorio de Kumamoto), después de pasar varios años como un ermitaño, se refugió en el territorio de Maeda, en Kaga (actual Prefectura de Ishikawa, en la ciudad de Kanazawa), concluyendo 26 años en Noto (Nanao). Sin embargo, durante el reinado del Shogunato de Tokugawa, se exilió en Filipinas. Fue recibido en Manila con mucha dificultad como un mártir de la vida. Sin embargo, siendo de edad avanzada y teniendo un viaje difícil y sufrido, se puso débil y sucumbió a una fiebre alta; 40 días después, el 03 de febrero de 1615, a los 63 años de edad, dejó este mundo.

4. Un Mártir de la vida

Después de la primera prueba del incidente con Araki Murashige, incluso a costa de ofrecer su propia vida, Ukon, se compromete a servir a Dios en lugar de servir a la gente de este mundo. Sin embargo, en ese momento, todavía no fue consciente de la voluntad de ofrecimiento que Dios le había concedido. Ukon siempre estaba dispuesto a ofrecerse a sí mismo en el martirio, y siempre tuvo el deseo del martirio. Pero en el plan de Dios, Ukon fue destinado para un largo camino hasta la meta del martirio.

En la segunda prueba, a pesar de perder todo, él demostró que su fuerte fe en el Salvador había madurado, y experimentó un poder espiritual y el consuelo para aceptar el martirio. Sin embargo, en ese momento la fe de Ukon estaba basada en la perspicacia intelectual y fuerza humana. Su profunda religiosidad y su confianza en Dios estaban fuera de dudas. Sin embargo, Dios quería liberar a él de una

falsa confianza en sí mismo, deseando transformarlo, gradualmente, en una alma desinteresada que acepte el amor de Dios. Un exiliado, como él era, avivando la llama de su deseo de martirio, no nadando contra la corriente de la época, pero buscando persistentemente la voluntad de Dios, aceptó el destino que se le asignó y, atento a la mano principal de Dios, continuó prosiguiendo la evangelización dentro de sus posibilidades. Este fue el medio elegido para Ukon aceptar en su camino el martirio de la vida.

Por último, Ukon fue destinado a sufrir su tercera prueba, que fue más intensa y más profunda en todo su esfuerzo positivo para ser martirizado. Cuando él se estableció en Kanazawa (Kaga-han), él imaginó su ejecución como un sacrificio heroico que sería ofrecido a Dios. Contrariamente a sus expectativas, fue forzosamente puesto a bordo de un barco en Nagasaki con destino a Manila, soportando así su viaje final y atroz, que debía ser su martirio definitivo y real.

5. Martirio de Excruciación para dar testimonio de la obra de Dios

Martirio no significa de ningún modo una muestra de fuerza. Martirio es la acción de Dios en un ser humano débil. No consideramos la resistencia de la terrible tortura hasta la muerte para demostrar la grandeza del mártir, ni es algo que la gente de la generación actual puede presenciar. Tampoco podemos considerar los mártires como víctimas, simplemente por haber soportado los sufrimientos de la violencia pasivamente. Mas bien, lo que el martirio significa es que, en última instancia, uno libremente deja su destino en las manos de Dios. El martirio es discernir la voluntad de Dios y responder libremente a El hasta el último momento. Esta sola respuesta verifica la muerte como realmente un testimonio de fe, como verdadero martirio.

Durante nueve meses, antes de su exilio, Ukon estaba listo y dispuesto a ser ejecutado, lo que aceptó con un corazón puro. Fue aquí que Dios envió a Ukon su prueba final. Su tierra de destierro, Manila, era un lugar donde una persona podía vivir su fe libremente. Ukon, que estaba dispuesto a ofrecer su vida dada por Dios, podía

sentir que su martirio sería un sufrimiento largo y tedioso, condicionado a ser acosado hasta la muerte, en lugar de venir a ser un fallecimiento repentino.

Para Ukon esta prueba resultó ser un viaje a la muerte de sí mismo. Llegó a Manila y se dio cuenta de que su destino no estaba en sus manos, sino en las manos de Dios. Morir a sí mismo resultó ser un avance espiritual, llegando a ser más humilde, un vaso dispuesto a aceptar lo que Dios deseaba darle. Hasta su último aliento fue fiel a su determinación de ofrecerse a sí mismo totalmente a Dios, en un acto de amor. Ukon quería ser un testigo de Cristo (mártir), y realmente fue eso. Esta fue la acción de Dios en Ukon. El sacerdote Jesuita Ledesma, que fue testigo de la muerte de Ukon, termina su relato en su diario de la misión, con estas palabras: *"Ukon no era el tipo de mártir como estábamos acostumbrados a ver, aquel que atestigua a la fe para poner fin a su vida en una muerte sangrienta, sino más bien, dando testimonio de fe a través de los sufrimientos terribles que llevaba. Toda su vida fue un largo camino de martirio"*.

6. Contemplando la espiritualidad del Martir

La historia del cristianismo es la historia de personas que prueban su fe. Puesto que la persecución y el martirio pueden ocurrir en todas las épocas, *"todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia."* (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, n.42).

Lo que nosotros aprendemos de Ukon es que, porque somos herramientas en las manos de Dios, no debemos confiar en el ego que trata de hacer cosas por sus propios medios, sino ofrecernos a Dios que, en su misericordia, derrama en nuestros corazones el amor hasta ofrecerse uno mismo en sacrificio. El mundo de la fe no es algo en el cual demostramos lo que podemos lograr con nuestro propio poder. Dios está obrando. Es un mundo donde ponemos toda nuestra confianza en El. Colocamos nuestra confianza en El para poder transformarnos en personas al servicio de los otros. Este fue el

camino espiritual de Ukon y es la vocación común que puede aplicarse a todos los fieles seguidores de Cristo.

Santidad no es alcanzar la perfección con nuestras propias manos, sino que es una gracia de Cristo que nos lleva cerca de El y nos ofrece el don de la imitación de sí mismo. Con respecto a esto, Pablo dice: *" Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas obrarán juntamente para su bien, para los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó."* (Rom 8, 29-30). De hecho, Ukon vivió hasta su nombre bautismal en la que, a través de Dios, llegó a ser como Cristo y fue justificado.

En los tiempos presentes, nuestro sentido de valores han sido alterados por el relativismo, por lo que es difícil vivir siempre basado en una creencia determinada. Es más, a pesar de que hay tantos estilos de vida para escoger, este es un mundo de supervivencia del más apto, donde la capacidad de sobrevivir depende de la libre responsabilidad, para que las personas puedan ser divididos en ganadores y perdedores, por sus talentos y habilidades. Viviendo en una época así, miramos a Ukon como una señal para indicar el camino a la santidad, no importando el tipo de condición en que nos encontremos nosotros mismos para escoger el camino que lleva a Dios y a la apreciación de la vida de otras personas. Sin vacilar, nosotros debemos seguir en el camino del Evangelio.

Ukon es un regalo de amor y gracia a la Iglesia de Japón. Dios envió a Ukon a nosotros como una herramienta de evangelización, de manera que El continúa trabajando a través de Ukon para que podamos recibir su gracia en estos tiempos. Conforme al corazón del martirio, renovemos nuestra determinación de vivir una vida de mártires modernos y, en cuanto nos aproximamos a la beatificación de Ukon, oremos por la gracia de la canonización.